

Caras y caretas 3 dic 1921
Buenos Aires (A.A.)

UNA pregunta que suele hacerse a uno con frecuencia es ésta: «¿De qué color es la luna?» Unos dicen verla blanca, otros azulada, otros amarillenta. Según esté la luna y según quien la mire. Pero a quien se le pregunte de qué color es el oro no vacilará en contestar que amarillo. Y sin embargo... «¿Sin embargo?» — se preguntará el lector. Y así es. El oro es amarillo si se le mira por fuera, pero si se le mira por dentro es rojo y rojo encendido, de sangre. «Bueno, bueno; filosofías tenebrosas...»

Y no es eso, no. Es que si tomas, lector, lo que se llama un pan de oro, una lámina delgadísima de este metal precioso y terrible, y miras la luz a través de él, la verás roja. La luz que entre en un aposento en que a los vidrios de la lucerna se les haya cubierto con panes de oro será una luz roja y de rojo sanguineo, como de fuego.

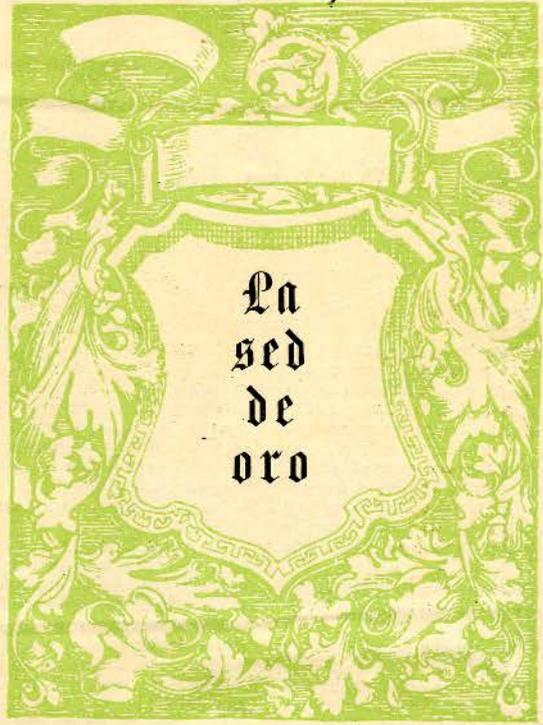
Luego el oro visto por dentro es rojo de sangre y de fuego. Y el simbolismo viene luego.

Los alquimistas se preocupaban de buscar el oro potable que creían ser un brebaje de inmortalidad. Y se contaba en la Edad Media la historia de un boyero de Sicilia, del tiempo del rey Guillermo, que habiendo hallado en el suelo una botella con oro potable bebió de él y rejuveneció.

¿Y qué sed la del oro! «¿Sed, o no más bien hambre?» Si, la famosa frase latina *sacra auri famés*, abominable hambre de oro, habla de hambre y no de sed. Pero la del oro es hambre y sed a la vez.

En el capítulo III del libro V de su «Historia de Francia en la Edad Media» dejó escrito Michelet, hablando del fisco, un pasaje admirable sobre las propiedades del oro, forma líquida de la riqueza, comparada a las del suelo. El oro, «cosa pequeña, móvil, cambiante, divisible, fácil de manejar, fácil de ocultar, es — dice — la riqueza sutilizada ya, e iba a decir que espiritualizada». Espiritualizada precisamente no, pero liquidada, por así decirlo, sí... «El propietario — prosigue — era una dependencia del suelo; la tierra arrastraba al hombre. Hoy es todo lo contrario, él es el que lleva la tierra concentrada y resumida por el oro». Y acaba Michelet mostrando cómo el oro permitió organizar el fisco y esto dió lugar al gobierno. Porque la principal función de un gobierno es sacar oro a los gobernados. «¿Clima? — le decía un alcalde al secretario que le leía los enunciados de las casillas de una hoja de estadística — ¿clima? Pon que ninguno; no sea que nos vayan a subir la contribución».

El oro es, como se sabe, un metal y cuerpo simple, es decir, homogéneo, o sea que no contiene más que oro y que la más pequeña partícula de él es oro. Y aunque el agua (H²O) no sea un cuerpo simple



prácticamente es como si lo fuese. Y si el agua químicamente pura es impotable también el oro puro, sin aleación, no se presta a circular.

Píndaro empieza su primera oda olímpica con aquello tan consabido de: «Lo mejor el agua, pero el oro brilla en la noche como fuego ardiente...» Y Baquílides, en su oda tercera, canta: «profundo el éter incorruptible; el agua del mar no se pudre; alegría el oro». Y tanto Píndaro como Baquílides lo que cantan es la pureza y para ellos, helenos genuinos, enamorados de la sencillez y la pureza, de los colores del arco iris, de lo que no se corrompe, el agua, el éter — o sea el aire tranquilo y azul — y el oro eran ante todo y sobre todo cosas puras.

Sólo que el agua pura, el agua químicamente pura, que no sea más que agua, es impotable; así como también lo es el agua del mar, la que no se pudre según Baquílides. La hace impo-

table la falta absoluta de sales y el exceso de ellas. En el punto de la sal, pues, está su potabilidad. ¿Y del oro?

El oro puro tampoco apaga la sed o el hambre. Pero el oro impuro da más sed cuanto más de él se bebe. O si queréis da más hambre cuanto más de él se come. ¡Hambre!

«Entre las provincias y tierras de Indias que con mucho trabajo, hambre, valor y esfuerzo en tiempo del emperador Don Carlos Quinto, Máximo Rey de España, descubrieron y conquistaron los españoles, fueron los ricos reinos del Perú...» Así empieza y para no seguir de un modo digno de tal principio el libro que sobre la «Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de don Pedro Gasca» escribió don Juan Cristóbal Calvete de la Estrella. «Con mucho trabajo, hambre, valor y esfuerzo!» Y qué bien puesto está eso de hambre entre el trabajo, el valor y el esfuerzo. ¿Y hambre de qué? Hambre sobre todo de oro; hambre y sed. Testigo Atahualpa. *Sacra auri sitis!* Y esa terrible sed de oro suele ser sed de oro potable y se convierte en sed de sangre humana. Los que exprimen y estrujan a un hombre o a un pueblo para extraerle su oro, o lo que lo valga, le estrujan para sacarle su sangre y tienen sed de su sangre. La sangre de Abel clama al ciclo, pero, y el oro ¿no clama también?

El oro visto por dentro, el oro transparente, parece sangre, pero la sangre vista por dentro, la sangre transparente, parece oro. Y oro y sangre son dos valores convertibles entre sí. Con sangre se saca o se hace oro pero también con oro se saca y se hace sangre.

Y todas estas ingeniosidades metafóricas son medios, lector, para distraernos y distraerte de hondas tristezas que nos han ido depositando en el fondo del corazón el paso del oro y el de la sangre.



iguél de Unamuno